

## APARICIONES DEL SEÑOR RESUCITADO - REVESTIRNOS DE GLORIA

---

[  Audio [SoundCloud](#) ]

[  Audio [Google Drive](#) ]

Texto extraído del **Tratado del Amor de Dios** (Libro Undécimo, Cap. VIII) de San Francisco de Sales, en el que el Santo nos invita a reflexionar sobre cómo **LA CARIDAD ABARCA TODAS LAS VIRTUDES**.

Un río salía de este lugar de delicias, para regar el paraíso, y desde allí se dividía en cuatro brazos<sup>1</sup>. El hombre es un lugar de delicias, donde Dios ha hecho brotar el río de la razón y de la luz natural, para regar todo el paraíso de nuestro corazón; y este río se divide en cuatro brazos, es decir, en cuatro corrientes, según las cuatro regiones del alma.

1. Porque, en primer lugar, sobre el **entendimiento**, llamado práctico porque discierne las acciones que conviene hacer u omitir, la luz natural derrama la **prudencia**, que inclina a nuestro espíritu a juzgar rectamente acerca del mal que debemos evitar y desechar, y cerca del bien que hemos de hacer y procurar.
2. En segundo lugar, sobre nuestra **voluntad**, hace que surja la **justicia**, la cual no es otra cosa que un perpetuo y firme deseo de dar a cada uno lo que es debido.
3. En tercer lugar, sobre el **apetito concupiscible**, hace que se deslice la **templanza**, que modera las pasiones.
4. En cuarto lugar, sobre el **apetito irascible** o la cólera, hace flotar la **fortaleza**, que refrena y modera todos los movimientos de la ira.

Estos cuatro ríos, así separados, se dividen después en muchos otros, para que todas las acciones humanas puedan estar bien encaminadas hacia la honestidad y hacia la felicidad natural.

Pero, además de esto, deseoso Dios de enriquecer a los cristianos con un especial favor, hace brotar, en la cima de la parte superior de su espíritu, una fuente sobrenatural, que llamamos gracia, la cual comprende la fe y la esperanza, pero que, sin embargo, consiste en la caridad, que purifica el alma de todos los pecados, la adorna y embellece con deliciosa hermosura y, finalmente, esparce sus aguas sobre todas las facultades y operaciones de aquélla, para comunicar al entendimiento una prudencia celestial; a la voluntad, una justicia santa; al apetito irascible, una fortaleza devota; a fin de que todo el corazón humano tienda a la honestidad y a la felicidad sobrenatural, que consiste en la unión con Dios.

---

<sup>1</sup> Gen., 2, 10

Si estas cuatro corrientes y ríos de la caridad encuentran en un alma alguna de las cuatro virtudes naturales, la reducen a su obediencia y se mezclan con ella, para perfeccionarla, como el agua perfumada perfecciona el agua natural, cuando se mezclan juntas.

Pero, si el santo amor, así derramado, no encuentra las virtudes naturales en el alma, entonces él mismo realiza todos los actos, según lo van exigiendo las ocasiones.

Así el amor celestial, al encontrar muchas virtudes en San Pablo, en San Ambrosio, en San Dionisio, en San Pacomio, derramó sobre ellas una agradable claridad y las redujo todas a su servicio. Pero, en Magdalena, en Santa María Egipciaca, en el buen ladrón y en mil otros penitentes, que habían sido grandes pecadores, el divino amor, al no encontrar ninguna virtud, desempeñó el papel y realizó las obras de todas las virtudes, haciéndose en ellos paciente, dulce, humilde y generoso.

El gran Apóstol no dice solamente que la caridad nos comunica la paciencia, la benignidad, la constancia y la simplicidad, sino también que ella misma es paciente, benigna y constante<sup>2</sup>; y es propio de las supremas virtudes, así entre los ángeles como entre los hombres, no sólo ordenar a las inferiores que obren, sino también el que puedan hacer por sí mismas lo que mandan a las demás. El obispo confiere los cargos para todas las funciones eclesiásticas, tales como abrir la iglesia, leer, exorcizar, alumbrar, predicar, bautizar, celebrar el santo sacrificio, dar la comunión, absolver; pero él sólo puede hacer y hace todo esto, pues tiene en sí una virtud eminente, que contiene todas las inferiores.

El que posee la caridad tiene una perfección que encierra la virtud de todas las perfecciones o la perfección de todas las virtudes. Por esto, la caridad es paciente y benigna; no es envidiosa, sino bondadosa, no comete ligerezas, sino que es prudente; no se hincha de orgullo, sino que es humilde; no es ambiciosa ni desdeñosa, sino amable y afable; no es quisquillosa en querer lo que le pertenece, sino franca y condescendiente; no se irrita por nada, sino que es apacible; no piensa mal, sino que es mansa; no se alegra de lo malo, sino que se goza con la verdad y en la verdad; todo lo sufre; cree fácilmente todo el bien que le dicen, sin terquedad, sin disputa, sin desconfianza; espera todo bien del prójimo, sin jamás desalentarse en el procurarle la salvación; todo lo soporta<sup>3</sup>, esperando sin inquietud lo que se le ha prometido.



*Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios*

**¡Ave María y adelante!**

---

<sup>2</sup> 1 Cor., 13, 4

<sup>3</sup> 1 Cor., 13, 4-7